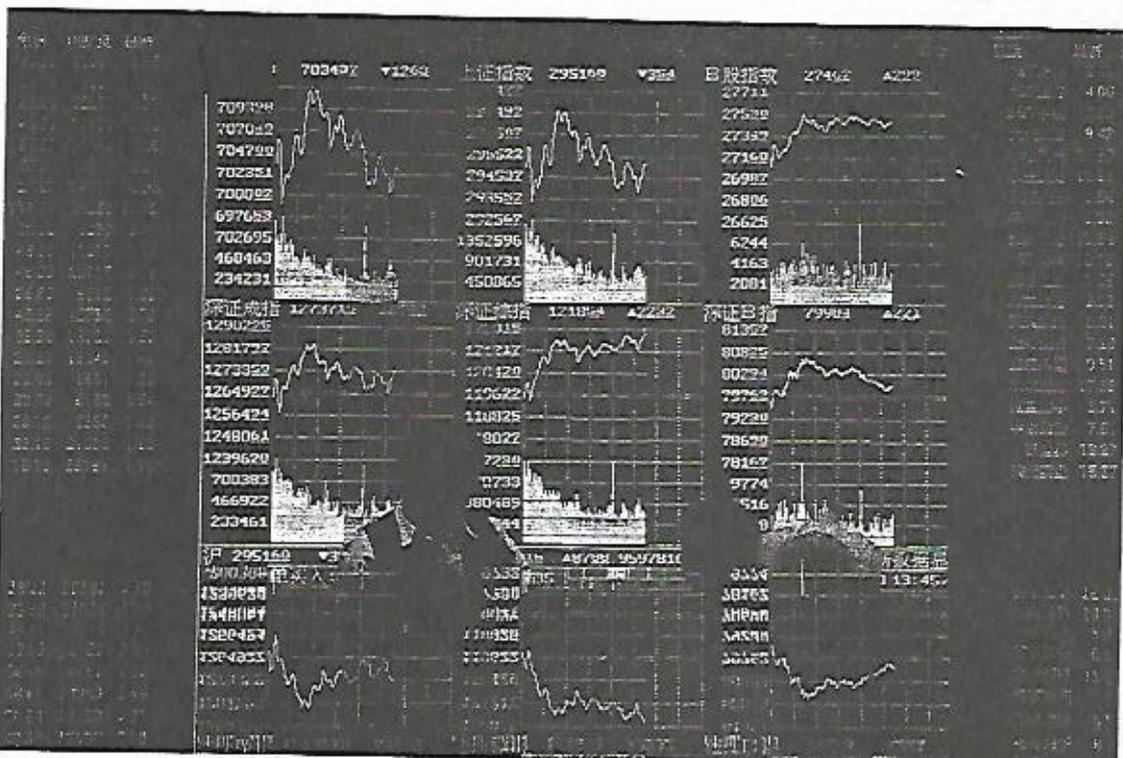


Las cumbres del G20 apuntan a "limpiar" el sistema financiero. Pero es necesario reformularlo por completo. Una nueva geopolítica de los capitales -China se ha convertido en el banquero de Estados Unidos- se suma a la ebullición en las relaciones de poder internacionales.

Washington pierde la iniciativa

El poder mundial se desplaza

por Martine Bulard*



Shanghai, 19-10-10 (Aly Song/Reuters)

La anécdota circuló en los bancos y en las instituciones financieras, y llegó finalmente a las salas de prensa de todo el mundo: fue gracias a una llamada telefónica del presidente chino Hu Jintao a su homólogo estadounidense George W. Bush, que Fannie Mae y Freddie Mac, las dos firmas especializadas en el crédito hipotecario, fueron salvadas de la quiebra en septiembre de 2008: las autoridades chinas habían amenazado en caso contrario con no comprar más bonos del Tesoro estadounidense. Estados Unidos habría cedido. En Washington se desmintió la información. En Pekín se limitaron a sonreír... y a remitir a los hechos: Fannie Mae y Freddie Mac no cayeron, y se garantizaron los préstamos chinos: 595.900 millones de dólares. Esa historia, verdadera o falsa, es de todos modos simbólica de los cambios que se están produciendo en la geopolítica de los capitales.

Estados Unidos ya no puede decidir solo sobre las cuestiones financieras mundiales. Ahora está en el banquillo de los acusados. En plena Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la número 63 de la historia, el 24 de septiembre de 2008, George W. Bush debió escuchar en directo los reproches de varios jefes de Estado, quienes le recordaron que en tiempos pasados su administración "pretendía enseñar a las otras naciones las ventajas de los mercados sin barreras", mientras que hoy en día "reniega de su propia medicina y propone ir en auxilio de instituciones financieras" (1).

Unos días más tarde, durante el "Davos chino", que reúne a la elite de las finanzas mundiales en Tianjian, China, fue el turno de los economistas y dirigentes locales de recordar que ellos tenían razón en no ceder a las presiones para liberar totalmente el sistema financiero. "Cuando vimos a los reguladores estado-

unidenses bajar el nivel de aporte personal a cero, y luego inventar préstamos hipotecarios invertidos, nos dijimos: 'Es ridículo'" (2), afirmó Liu Mingkang, presidente de la Comisión de Regulación Bancaria.

Bajos sueldos, altos préstamos

En los últimos años, Liu se ocupó de poner (un poco) de orden en ese sector, que estaba muy mal, cuidando mantener la mano del Estado sobre los mercados, sin hacerse ilusión sobre la otra -invisible- los mercados. Y añadió Liu: "Finalmente, comprendimos que muchas cosas que habíamos aprendido de nuestros profesores, estaban equivocadas". La ironía no escapó a los banqueros presentes, que admitieron su culpa... por primera vez en el mundo de las finanzas. "Hemos cometido enormes tonterías en materia de política monetaria", explicó Stephen Roach, presidente de Morgan Stanley en Asia, acusando a la política del banco central estadounidense, la Reserva Fe-

deral, que empujó al país a "una crisis sin precedentes".

Entre paréntesis, digamos que la "gloria" en cuestión concierne a una ínfima minoría de la población. El 1% de los estadounidenses se reparte un 20% de los ingresos nacionales -récord histórico- pero la mediana del salario quedó estancada entre 2000 y 2007 (+ 0,1% por año)... No es tanto que el consumo haya aumentado demasiado, sino que los salarios bajaron mucho, obligando a tomar créditos para tener un techo, educar a los hijos o cuidar la salud (las tarifas de los seguros de salud, por ejemplo, aumentaron un 68% en el mismo período). Además, las grandes fortunas y los grandes grupos decidieron invertir en otras latitudes, en detrimento del potencial industrial, obligando a importar más y a exportar menos, lo que generó déficits.

En realidad, en Estados Unidos el sector alto de la sociedad se enriquece, y empuja al sector bajo hacia las instituciones de crédito, para evitar pagar salarios decentes. El Sur salda las cuentas. Así, los capitales, en lugar de ir de los países del Norte hacia los del Sur, como fue el caso hasta mediados de la década de 1980 siguen actualmente el camino inverso. Son principalmente los países emergentes los que compensan los déficits estadounidenses, por medio de la compra de bonos del Tesoro, esos préstamos emitidos por Washington, tomados en un 80% o 90% en el extranjero.

Por supuesto, Japón, muy desarrollada, sigue siendo el más fiel comprador de esos títulos (1,2 billones de dólares) (3). Pero Pekín se sitúa en segundo lugar (992.000 millones de dólares). China ya no es solamente "el taller del mundo", sino que se ha convertido en el banquero de Estados Unidos. Y si incluimos a los otros grandes de la región (Hong Kong, Corea del Sur, Singapur) vemos que Asia absorbe más de la mitad de la deuda estadounidense acumulada en el exterior. A ello hay que sumar los países exportadores de petróleo, importantes suministradores de fondos (sin embargo, dos veces menos que los chinos) y las naciones emergentes como México o Brasil... Rusia, tan criticada por el presidente Bush, figura entre los primeros prestamistas mundiales. Es decir que se puede emitir declaraciones vindicativas, y a la vez abrir de par en par la caja para recibir dinero.

El que paga, manda

A pesar de ello, como dice el refrán, "el que paga el baile, dirige la danza", o espera hacerlo algún día. Es posible imaginar la conmoción que se produciría en Wall Street si, supongamos, China redujera su financiamiento, o pensara en dejar de comprar bonos del Tesoro. No es eso lo que piensan las autoridades en Pekín. Incluso el primer ministro Wen Jiabao dijo en una entrevista al semanario estadounidense *Newsweek*: "Tenemos que unirnos. En estos tiempos tan difíciles China se une a Estados Unidos. Y creemos que esa ayuda permitirá estabilizar la economía y las finanzas mundiales, e impedir un caos mayor. Creo que la cooperación es indispensable" (4). Es posible ver allí, como lo han hecho ciertos comentaristas, la prueba de una alianza ideológica entre campeones del capitalismo. De manera más prosaica, Pekín trata de defender sus intereses. "Si las cosas fueran mal para el sector financiero estadounidense, nos preocuparíamos por la seguridad de los capitales chinos." Eso vale para el exterior -la caída bursátil afectó también los haberes chinos en el extranjero- y también para el interior del país.

En efecto, la compra de bonos del Tesoro, que permitió financiar el déficit estadounidense y prestar a Estados Unidos para que compre productos chinos a bajo precio, es sólo la parte visible del iceberg. Pekín posee la mayor reserva mundial de dólares (cerca de 2 billones) (5). Eso representa más de dos tercios de un año de producción china. Si el tsunami arrasara con el sistema financiero estadounidense, arrastrando en su caída al dólar, esa fortuna china se desinflaría como un globo. Eso mismo es lo que le impide a Pekín detener la máquina, ignorar los próximos bonos del Tesoro o disminuir espectacularmente sus reservas de cambio en dólares. Cualquier caída del billete verde implicaría una suba del yuan, y sobre todo contribuiría a desvalorizar sus reservas, algo así como si en los últimos años China hubiera cobrado en moneda falsa. Una realidad que puede hacerle bajar la fiebre a muchos.

Lo que Keynes no pudo

En realidad, Estados Unidos ya no puede prescindir del financiamiento de China, como Pekín tampoco puede desinteresarse de la suerte del gigante norteamericano. Esa imbricación existe también con Tokio, que posee las segundas reservas mundiales en dólares, e incluso con Rusia, que ocupa el tercer lugar. Ése es el precio del papel específico del dólar en los intercambios mundiales, heredado de la Segunda Guerra Mundial.

Por entonces, Estados Unidos fue el único país que al fin del conflicto se encontró más rico. Inglaterra, endeudada, estaba debilitada; Francia, extenuada; la

Unión Soviética, desahogada. Los acuerdos de Bretton Woods – así llamados por el nombre de la ciudad de New Hampshire donde se definieron las nuevas reglas financieras en julio de 1944 – consagraron esa potencia. Los mismos afirmaban el papel de pivote del dólar (en lugar de la libra inglesa) y crearon las dos institu-

Las autoridades chinas son conscientes de que se abre una nueva fase, y buscan nuevas vías para su crecimiento.

ciones que se convertirían en los brazos “armados” de Washington: el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD), posteriormente Banco Mundial, y el Fondo Monetario Internacional (FMI). El Plan Marshall para Europa fue financiado en dólares para reforzar el peso del billete verde y asegurar la exportación de productos estadounidenses.

Uno de los célebres negociadores de entonces, John Maynard Keynes, trató de oponerse a esa toma de control, proponiendo un sistema monetario basado en una unidad de cuenta, una moneda realmente internacional, el *bancor* (6).

La relación de fuerzas no lo permitió. El dólar se impuso, y con él la hegemonía estadounidense sobre el mundo occidental. A partir de entonces, los dirigentes estadounidenses podían hacer lo que quisieran, y los otros debían pagar. Cuando la situación se torna demasiado difícil, cambian unilateralmente las reglas de juego. Según la frase muy célebre del secretario del Tesoro estadounidense John Connally: “El dólar es nuestra moneda, pero es vuestro problema”.

Así, el 15 de agosto de 1971, el presidente Richard Nixon decretó que la moneda estadounidense ya no sería convertible en oro. No habría más que el papel, fluctuando según lo decidieran los mercados y las políticas estadounidenses. “El privilegio exorbitante del dólar”, denunciado desde mediados de la década de 1960 por el general Charles de Gaulle, fue en aumento. Los gobiernos cedieron, las transacciones comerciales pasaron a realizarse principalmente en billete verde, los bancos centrales los acumulaban (junto a los marcos, los yenes y luego los euros...). Aún hoy en día, ese sistema-dólar domina la escena mundial. Estados Unidos no sólo puede acumular deudas y hacerlas pagar por sus “socios”, sino que puede atraer capitales a su territorio (para la industria, la investigación o para rescatar empresas...) y exportarlos para facilitar las implantaciones de multinacionales en el exterior... Si se toma la totalidad de las inversiones extranjeras directas (IED) realizadas en el mundo en 2007, Estados Unidos sigue siendo el primer beneficiario de las mismas, y a la vez el principal inversor en el exterior (7). De

esa manera, goza de un excepcional poder de selección geopolítica de capitales

Revisión de una política

Aunque sigue estando en vigor, ese sistema tambalea. Los Estados que acumularon reservas no se conforman con depositar el dinero en los bancos, como habían hecho los países exportadores de petróleo en la década de 1970, sino que crearon los llamados “fondos soberanos” (4 billones de dólares, al menos). Éstos sirven para invertir en proyecto de desarrollo, más o menos faraónicos como en los países del Golfo, o para comprar empresas extranjeras (8); un arma de intervención que muchos países occidentales temen.

Además, el peso del dólar en las reservas de cambio mundiales bajó casi diez puntos en menos de diez años: representaba el 62,4% de las divisas en poder de los bancos centrales a fines del primer semestre de 2008, contra 71,2% a fines de 2000. Durante el mismo período, la parte del euro pasó de 18,3% a 27% (9). Símbolo del poderío japonés de los años 1970-1990, que (ya por entonces) llevaba a algunos a pronosticar la “decadencia estadounidense”, el yen también bajó de 6,1% a 3,4%. Sin embargo, ni el euro, ni por su puesto el yuan, son capaces –por ahora– de ocupar el lugar del dólar. Sólo la combinación de una potencia económica afirmada y de una visión política original fuerte puede modificar el sistema, o a menos permitir un trato de igual a igual.

La Unión Europea, que se zambulló en las delicias de la desregulación al estilo estadounidense, no puede responder a